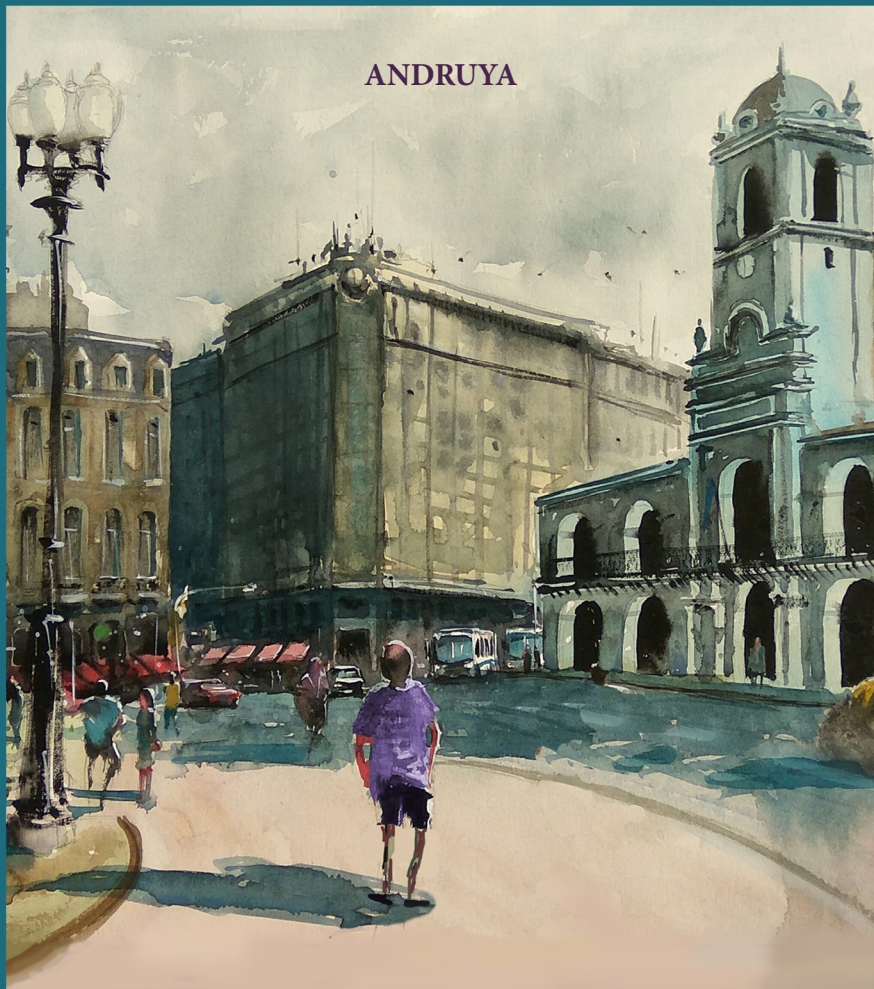


ANDRUYA



Y EL GANADOR ES...

Y EL GANADOR ES...

Defensa y Cochabamba. Escucho el zumbido de los autos que avanzan a paso de hormiga sobre el puente de concreto. Bendigo los dos segundos de sombra que tengo cuando paso por debajo de la autopista. Distingo el calor saliendo de los adoquines de la calle, como brasas ardientes, y observo a un escarabajo que, panza arriba, lucha tratando de incorporarse antes que sol lo derrita. “El infierno debe estar más fresco” pienso, mientras me cubro los ojos con la mano. Mucho brillo para un bicho de departamento, como yo. De hecho, en esos momentos donde todo el mundo se escapa a pasar el verano en la playa, yo me estoy metiendo en una caverna a la que llamamos isla de edición. Sin ventanas, sin sonido del exterior, sin días ni noches, paso las horas editando una película de cine nacional, del bizarro, donde Belgrano resucita para golpear sus cacerolas en una marcha por el orgullo gay (o algo así). No lo hago por placer. Es una changa que conseguí para costearme mis estudios de Cine. Por eso viajo todos los días, una horita de bondi y una horita de tren. Porque quiero ser un gran director, hacer mis propias pelis y, quién sabe, tal vez haya un lugar para mí en Hollywood. La voz de Marta, la kiosquera de la esquina, me

vuelve a la realidad. Una realidad demasiado pegajosa, demasiado viscosa. “Lo que mata es la humedad”, dice mientras me alcanza una gaseosa que estoy seguro me dará más sed de la que tengo, pero que no puedo evitar tomar. Marta, como la mamá de Superman... y la de Batman, pienso, mientras le doy unas monedas. ¿Será su hijo un súper-héroe? Pero no le digo nada. Pobre mina, tal vez ni sepa quiénes son, su vida es vender sándwiches de salame y queso bajo un puente. Toco el timbre, pero no se escucha donde suena. Al cabo de un rato, unos pasos del otro lado de la puerta anuncian la bienvenida. Humbertumba me abre, y se tapa los ojos del brillo del sol. Le muestro la gaseosa y me deja pasar. “¿Por dónde vamos?” pregunto mientras me siento en la computadora. “Por la parte en que mezclan alfajores santafecinos y manzanas de Río Negro para hacer un conjuro” dice, mientras sirve la gaseosa en unos vasitos de plástico. Pobre tipo, pienso, toda su vida metido en este agujero, editando estas películas de mierda... “La gaseosa está caliente” me señala, y tiene razón. Editamos cuatro horas, o cuatro años, hasta que de repente la computadora empezó a hacer un pitido feo y ¡pum! Pantalla azul. Error de disco. ¡A la mierda, perdimos todo! “Es por el calor” indica Humbertumba, casi exaltado, “dejémosla descansar”. Les juro que en la isla de edición hay aire acondicionado, pero no se notaba. Hasta que salgo y ¡PUM! siento que la atmósfera está tan pesada como la de Marte. Pronto estoy todo transpirado, chorreando grasa y sudor, aunque solo camino tres cuadras por la calle empedrada. El escarabajo aún lucha por incorporarse, pero ahora una paloma lo acecha. Entro a la pulpería (sí, San Telmo tiene algunas todavía). El aire acondicionado me parece un Dios al que todos deberíamos rendirle culto. Me pido un pancho, porque no tengo guita. De hecho, nadie allí la tiene. Son todos remiseros que esperan a que les salga un viaje, en una ciudad desierta. En la televisión, Crónica



TV alterna entre anunciar la ola de calor y notificar el aumento del dólar. Ya está a tres pesos... no sé a dónde iremos a parar. Junto a mi mesa una indigente espera las sobras del día anterior. Mi aspecto no es mucho mejor: una remera violeta con una pegatina tan gastada que ya no se puede leer, un short de algodón con algunos agujeros y las zapatillas que uso para jugar al fútbol (a la izquierda se le despega la suela). Todo sucio, cansado y malhumorado, ob-

servo los rostros de los demás comensales. “La soledad es un trago que sabe mejor en compañía”, pienso. El mozo me mira, con su cara pálida y ancha, de gallego, y me dice: “¿Qué le pongo al pancho?”. Y yo sin pensarlo le contesto: “Suerte, póngale suerte, si le queda algo”. El mozo no sonríe. Se marcha. En eso escucho el tintinear de las campanillas y siento un embate de calor que me quema la cara cuando un tipo alto y grandote ingresa. Lentamente, camina hasta mi mesa. Es un compañero de estudios, un pibe extraño que no habla mucho. “Hola, ¿no lo viste a Humbertumba?”, pregunta. “Nos fuimos antes porque la computadora explotó”, contesto. El mozo trae el pancho con una buena ración fritas. Le convido a mi compañero y, mientras se lleva una papa a la boca, crocante, exquisita, me cuenta que tiene dos entradas para el cine, que pensaba ir con nuestro editor a ver una de Ingmar Bergman al Gaumont. “No tengo guita”, digo. Y me invita a

acompañarlo. “¿Me dejarán entrar así?”, le pregunto, mostrando mi camiseta deshilachada. “Entramos ni bien apaguen las luces”, me responde, con una sonrisa.

Cuando estudiás cine no te podés perder una peli así, y menos gratis. Porque después todos hablan de ella, de lo buena que estuvo la escena del cuchillo, o te preguntan si pensás que el exceso de medida de tonos pasteles es una analogía a los cánones socavados por el posmodernismo fetichista en detrimento del



proletariado subyugado. El subte no era una opción. Eran un par de cuadras, y caminamos bajo el sol. Mi zapatilla me chancleteó todo el viaje. Pensaba en conseguir, en algún momento, de esa cinta ancha gris para pegarla. Llegamos tarde, por suerte. Todo oscuro. La película, un bodrio de aquellos, que solo podemos ver los frikis amantes del cine, los snobs y la mamá del director. Planos de media hora, que se estiran como

chicle, donde no pasa nada y se escuchan algunos ronquidos y ves que los novatos se levantan y se marchan. Una tortura de 170 minutos. Me encantó, claro. Las luces se encienden y yo pienso en huir como rata, pero la sala está casi llena y no puedo escapar. Un amigo de mi compañero lo cruza entre las butacas y se ponen a hablar. “Me gusto la fotografía”, dice, “claramente representa los cánones socavados por el posmodernismo fetichista en detrimento del proletariado subyugado...” Snob, pienso para mis adentros. Se ve que plata no le falta. Zapatos de charol, camisa de seda, traje como para ir a un casamiento. No me aguanto el chiste.

“¿Viniste al entierro?”, pregunto. Casi me contesta pero no cae. Se ríe y nos explica: “Voy al Abasto. Esta noche se hace la entrega de los premios de la crítica. Voy porque mi película compite en la categ....bla, bla, bla... bla, bla...”. Habla pero no lo escucho, solo pienso en cuánto me gustaría poder participar en una peli de las buenas, al menos de runner (el puesto más de mierda del mundo del cine). Lo escucho presumiendo su película como si fuera Orson Wells. Entonces mi amigo dice: “te acompañamos”, y yo lo miro como diciendo: “dejate de joder”, pero la verdad era que estábamos cerca y, como había ligado una entrada al cine de rebote, no pude negarme (además la parada del 24 está a la vuelta). Aunque ya es de noche, parece que el clima no se enteró porque hace más calor que antes. El cielo se está por caer. Son un par de cuadras que hacemos caminando. Primero Callao, luego Corrientes, cada vez más gente, más luces, más fulgor. El pibe iba adelante, caminando ligerito porque llegaba tarde, mi amigo un poco más atrás mandando mensajes con su celu de tapita, y yo retrasado, rengueando con mi zapatilla que mostraba la lengua en cada paso. Cuando nos acercamos al shopping pienso “bueno, saludo y a casa”, pero el pibe no se detuvo a despedirnos, mostró una credencial que le colgaba debajo del saco y pasó, mi amigo lo siguió (supuse que para saludarlo adentro) y yo pasé atrás, así como venía, por sobre las miradas de los cuatro guardias de seguridad tamaño XXL que cerraron la cadenita de bronce detrás mío.

Alfombra roja, opulencia fastuosa, fulgor ostentoso y copas de champagne en una sala del Abasto que jamás había visto y nunca más pude volver a encontrar. Una gala a todo trapo: comensales vestidos de esmoquin, mujeres con finos trajes de raso, puntilla o lentejuelas, mozos paseando con bandejas de plata y una gran mesa con canapés de todas formas y colores. Y yo, que estaba con

medio pancho en el estómago, solamente pude pensar en tratar de comerme tres o cuatro sanguchitos antes que venga el de seguridad a sacarme. No entendía cómo era posible que con esa facha estuviera ahí. Seguro me confundieron con algún actor famoso, o con el hijo del dueño del Abasto, porque por menos de eso me echarían a las patadas. Cuento hasta tres y miro por el rabillo del ojo, esperando sentir la pesada mano del jefe de seguridad sobre mi hombro, pero nada. Una bandeja con burbujas doradas me



pasa cerca y manoteo una copa “para camuflarme”. Desde atrás de una columna de mármol mis compañeros se ríen de mí. Me acerco sin levantar la pierna izquierda, porque estoy seguro que con un paso más la suela se me termina de despegar. Me cargan un rato y me aflojo. Recién ahí veo dónde estoy. A mi lado Agresti comparte una copa con Julieta Cardinali, unos metros más atrás los veo a Campanella, a Eliseo y a Caetano. En la mesa de los

postres estaba Echarri y, unos pasos a mi lado, Sbaraglia, que en ese entonces estaba nominado a “actor revelación”, se pasea tarareando una canción de jazz. “¿Pablo o Leonardo?” me pregunta mi compañero de estudios, en un juego donde solo podía haber una respuesta, sin medias tintas. “Leonardo”, expreso en voz alta, poniéndome colorado sabiendo lo que iba a pasar. Sbaraglia se da vuelta porque escucha su nombre y entonces tengo que decir algo, algo inteligente, rápido y gracioso. Cuento con dos milésimas de segundo para pensarlo, para no tararme y arruinarlo todo. “Hay quienes nacen con buena suerte”, le digo, “y quienes no la necesitan”. Me sonrío y se va a sentar. Suspiro, contento de haber visto su peli “Intacto”, pero un segundo después se me borra la sonrisa cuando noto que la música se corta y todos se

están sentando, siendo yo la única persona que ¡no tiene mesa! Me quedo parado, a un costado de las gradas del escenario, y el show comienza con un presentador indicando unas boberías. Una mujer se me acerca, se para junto a mí. “Paula”, me dice, y me extiende la mano, como si yo fuera el hijo del dueño del Abasto. Es bastante mayor que yo, pero está muy bonita, producida a full, con un vestido amarillo casi transparente, cabello negro lacio con perfume francés (que huele a rosas a diferencia del mío que olía a hombre, digamos), con divinos ojos verde agua, muy claritos y su boca pintada de rojo que susurra: “besame, besame, besame...” “Les juro que en mi vida nunca una mina tan linda se me había acercado a hablar, nunca. “Son un bodrio estas fiestas”, me dice, y me doy cuenta que está bastante pasada de copas. “Sí, le contesto, yo vine porque me quedaba cerca del Gaumont” “¡Fuiste a ver la peli! ¡Me encanta Lugosi!” me dice, apoyando una mano sobre mi hombro. “¿Te gustó la fotografía?”, le pregunto, con trampa. “Mucho pastel al pedo”, me contesta, y yo casi que me enamoro. Charlamos un rato. Ella hablaba fuerte, se sonrojaba, me miraba directo a los ojos y yo directo a la boca, hasta que de repente me pone una estatuita en la mano y me dice: “Tengo que entregarla, pero estoy muy en pedo... ¿no vas vos?” Y yo me quedo pasmado, escuchando los aplausos de la gente que espera que alguien suba al escenario. La música se detiene. Los directores se acomodan en sus butacas. Busco a mis amigos con la vista, pero no los encuentro. Vuelvo a mirar a Paula que me sonrío, tironéandome de la remera y el presentador que mira desde el escenario, esperan-



do inquieto. Una bandeja de burbujas doradas se posa a mi lado. Levanto la vista y veo al mozo, de cara pálida y ancha, de gallego, que me guiña el ojo y me dice: “Suerte”.

Esta historia podría terminar acá, con el final abierto y feliz, que le gusta a los lectores. Pero como la noche siguió, y el relato es verídico, me veo obligado a continuarla.

Tomo la copa y tardo tres o cuatro siglos en subir hasta el atril. Una secretaria pone el sobre en mis manos. Me acerco al micrófono. La luz en la cara no me deja ver las expresiones, pero sé que todo el mundo del cine me mira. “Disculpen si no vine con traje, pero lo tuvimos que vender para pagar el revelado”, bromeo, y la gente se ríe. Abro el sobre y espío el nombre. “El ganador es...” anuncio, poniendo un poco de suspenso a la cosa. Lo siguiente que recuerdo es que estamos en el Kilkenny o uno de esos bares irlandeses, celebrando. Paula me come la boca. Nunca probé unos besos tan húmedos. No sé quién más está ahí, pero somos varios. Un pibe que jamás había visto se acerca con una cucaracha en el oído y murmura algo que suena como: “En quince en set”. Paula me mira y me pide de acompañarla. Vamos al baño. Sí, entro al de mujeres, pero ¿qué más da? Saca un espejito y arma una línea. Me ofrece. Quince minutos después estamos en Juncal y Suipacha. Las calles están cortadas. Una docena de personas bajan luces de un camión. Otros arman un carro de travelling. Un HMI gigante ilumina todo. Es una escena nocturna. Un hombre entra a la farmacia y sale enojado, tira las píldoras al suelo. Es Leonardo Sbaraglia. Me mira y sonríe. El Director se me acerca y Paula le señala: “Mi amigo hace cámara”, apoyando las dos manos sobre mis hombros. Es un señor barbudo que usa gorrito al estilo Steven Spielberg, vestido con camiseta violeta, shortcito y sandalias. Me mira de arriba abajo. “¿Día largo?”, pregunta. “Recién

empieza”, le contesto y me ofrece tirar una toma. El D.F. no se opone, se nota que también está bastante fisurado. Me alisto en la cámara. Alguien grita: “¿Sonido?... ¿Cámara?...”

Acá también podría terminar la historia, al grito de ¡Acción! y con un final feliz, cumpliendo el sueño de mi vida. Pero si usted es un lector corajudo (ya que me acompañó hasta aquí), continúe leyendo, aunque le advierto, bajo su responsabilidad.

Un diluvio empieza a caer. Todos corren a cubrir los equipos con lonas. La tormenta que estuvo amenazante durante toda la jornada, decide ese preciso momento para arremeter con toda su furia ¿o es el destino? No hay tiempo para pensar, el agua cae a baldazos. Busco a Paula pero no la encuentro. La gente se sube a los camiones. El pibe de la cucaracha reparte pilotines. No tiene ninguno para mí. Me empapo. Sbaraglia se sube a un motorhome y se va. El Director me mira y me regala su gorrito. “Nos vemos mañana, pibe”, dice y desaparece bajo la tormenta. En un minuto todo se ha esfumado. Quedo solo en una ciudad desierta. Camino doscientasmil cuerdas bajo la lluvia. La suela de mi zapatilla se termina de despegar y no me queda otra que mirar cómo la corriente se la lleva por una alcantarilla. No tengo nada en los bolsillos, ni para el bondi. La lluvia se lleva también lo que queda de la pegatina de mi remera. Naufrago por toda la ciudad, con el agua por las rodillas, esperando electrocutarme o que me parta un rayo, pero ni esa



suerte tengo. Con mucho esfuerzo llego a mi isla.

Penetrado por el frío miro la hora, tratando de adivinar cuánto falta para que llegue Humbertumba (o la señora Marta), a rescatarme. “Debí haber salvado al escarabajo”, pienso, y me quedo allí, bajo la lluvia, dos horas, mil horas, esperando.

Al otro día, o al mismo día (a veces siento que esto ocurrió en un tiempo paralelo), todo volvió a la normalidad. Nunca anoté el teléfono de Paula, ni supe dónde se filmaba la escena que seguía. Tampoco pude conseguir el número de Leonardo. Todos se diluyeron en el temporal. ¿Qué le vamos a hacer? Así es Buenos Aires, como la magia en el cine, una ciudad donde todo puede pasar. “¿Por dónde vamos?”, le pregunto a Humbertumba. “Por la parte en que mezclan yerba entrerriana con empanadas salteñas...”, me contesta.

